

## CATALUNYA: DE L'OASI AL TSUNAMI

Ponència de Antoni Gutiérrez-Rubí

Assessor en comunicació

## Jornades UPEC

El futur del treball: utopia o  
distopia?

Juliol del 2018



**Debat:**

Conferència cloenda. CATALUNYA: DE L'OASI AL TSUNAMI

**Participants:**

Antoni Gutiérrez-Rubí i Xavi Tedó

**Autor:**

Antoni Gutiérrez-Rubí.

Assessor en comunicació.

**Data:**

Divendres 7 de juliol

Trobareu totes les ponències de XIV Jornades de la UPEC a [upec.cat](http://upec.cat)

## CATALUNYA: DE L'OASI AL TSUNAMI

Hay algunos analistas que afirman, y seguramente no les falta razón (o razones), que «la solución» no es posible, de inmediato.

**Como dice** Enric Juliana, y cito: «La cuestión de Catalunya no tiene arreglo. La Qüestió, como la denominaba escuetamente en los años treinta Joan Comorera, se mantiene irresoluble.

Ni los independentistas tienen suficiente apoyo social para desbordar al Estado español, como quedó perfectamente demostrado en los Hechos de Octubre, ni el Estado está en condiciones de disolver el independentismo mediante una audaz reforma constitucional, para la que no existen apoyos en la sociedad española. Abandonad toda esperanza: no hay solución».

Y concluye, con resignación: «Voluntaristas y terceristas de buena fe, abandonad toda esperanza: no hay solución. Solo desde una radical ausencia de solución puede que algo cambie».

Frente al vértigo de la solución (y el miedo a su imposibilidad) yo voy a reivindicar el apaño, el arreglo. Ya sé que no suena glamuroso, ni estético. Pero el apaño tiene muchas ventajas. No impide la solución –definitiva– pero, mientras, resuelve los problemas (algunos de ellos) que la ausencia de solución no garantiza. El apaño no tiene espacio en la Enciclopedia, ni tan solo en la Wikipedia, pero permite avanzar frente a la parálisis de la perfección.

El arreglo no es perfecto, pero puede satisfacer. El arreglo no tiene victoria rotunda, pero impide la derrota humillante. El arreglo aplaza *sine die*, pero puede garantizar una sólida estabilidad, un horizonte despejado. Preserva el sueño, los sueños, pero –mientras– te deja dormir. Reivindico un método.

No me encuadro, al menos conscientemente, en el voluntarismo y el *tercerismo*, aunque sí en la buena fe. Aunque, sobre todo, me sitúo en un terreno posibilista, pragmático, humilde, sin vocación de notoriedad, que desea explorar diversas opciones. Espero que sean sugerentes.

Algo así como algunas pistas para deshacer el nudo, sin utilizar la espada como Alejandro Magno. Dice la leyenda griega que él, en su camino para conquistar Persia, pasó por la ciudad de Gordión. Allí escuchó la historia y decidió enfrentarse a ella para dar un golpe de efecto a la suya. Tras permanecer un rato mirando el nudo gordiano, y no encontrar los cabos, Alejandro sacó su espada y cortó el nudo con ella. Al hacerlo, dijo en voz alta «tanto monta desatarlo como cortarlo».

No es un tema menor. A raíz de esta leyenda, el rey Fernando II de Aragón utilizó en su escudo el lema «Tanto monta» junto a un yugo y un nudo desatado. De ahí la historia de «Tanto monta Isabel como Fernando»

Pues no, tanto monta, no. Radicalmente, no. Mejor desatar que cortar. Volvamos a las pistas prometidas del método. Son seis.

## 1. El tiempo

Necesitamos una nueva relación con el tiempo y *el tempo* político. El «tenim pressa» ha sido, creo, devastador. Lo urgente, lo importante y lo inmediato, o rápido, casi nunca declinan bien juntos. Necesitamos una gestión del tiempo más paciente, lenta, macerada. Con perspectiva histórica, casi generacional y de largo aliento. Nada rápido será útil, sólido y eficaz. Para ir lejos, pasos cortos. El non stop sin etapas solo derrapa. Un viaje a Ítaca que no pase por La Sagrera no tiene futuro. Solo es un espejismo.

Esta misma semana, Francesc-Marc Álvaro, en una autocrítica cada día más lúcida y lucida (esperemos pronto un largo ensayo suyo que ponga negro sobre blanco su reflexión actual), escribía un interesante **artículo** con el título *Sánchez y Torra, nuevo guion*, y afirmaba: «Hace falta tiempo para llegar a convertir las palabras en diálogo y el diálogo en posible negociación. El tiempo es el oxígeno de la política».

Volvamos al tiempo. «Saber esperar. Esperar es la condición previa de todo entendimiento» escribe Wilhelm Genazino en un delicioso ensayo titulado *La larga mirada*. Un texto que he descubierto en un libro imprescindible de Andrea Köhler: *El tiempo regalado. Un ensayo sobre la espera*.

Una relación con el tiempo que deja a los protagonistas políticos sin el mérito, ni el premio, de la resolución. Sin laureles. Esta renuncia al protagonismo último, final, resolutivo, puede dotarnos de liderazgos menos expuestos a la sentencia de la historia, al juicio inmediato, a la turba digital. Lo vimos en las **horas dramáticas** de octubre del año pasado, cuando el expresidente Carles Puigdemont rectificó su decisión de convocar elecciones. El miedo a la responsabilidad fue insoportable. La excusa: la acusación –inaceptable para un nacionalista– de traidor a la patria.

Twitter y WhatsApp (tampoco Signal) resuelven problemas de fondo. No son un buen método, aunque sí un gran instrumento. Agitan, debilitan, alteran el criterio de ponderación, recreando una realidad líquida con vocación de ser gaseosa. Tan efímera como el vapor.

Necesitamos una mentalidad que estimule la decantación, como un proceso más importante (en una cultura democrática) que la consolidación por presión o agitación. Una visión que ponga en valor la acumulación lenta, que cree poso y no foso.

Necesitamos una mentalidad paciente, resiliente. Un pensamiento más «agrícola» (que no rural); analógico y menos digital (con perdón): preparar, abonar, plantar semillas, regar, limpiar malas hierbas, abonar de nuevo, fumigar, si es el caso, recoger a tiempo.

Liderazgos más pragmáticos, más humildes, menos transcendentales por excepcionales. Lo excepcional es heroico, lo útil es vulgar y prosaico. Necesitamos una política útil.

Una referencia para no olvidar: «Haces campaña en poesía, pero gobiernas en prosa», declaró hace décadas Mario Cuomo en la revista *The New Republic*. Pertenece al repertorio de citas célebres del gobernador del estado de Nueva York que en un momento huido pareció la alternativa demócrata a Ronald Reagan, a mediados de los años 80. Pues eso. Hay un tiempo para cada cosa. Más prosa serena y menos verso agitado.

## **2. La discreción**

Ser discreto en la sociedad de las audiencias y pantallas múltiples es difícil y no tiene buena imagen. Pero es imprescindible si se quiere avanzar. La sobreexposición mediática, la obsesión electoral, el rendimiento político inmediato y táctico nos abocan a la gesticulación permanente. Cualquier intento serio debe renunciar al foco, a la foto. La pose es incompatible con un abordaje confiable. Necesitamos largas conversaciones que no queden expuestas a la justificación permanente. Hablar sin esperar rédito, sin el premio de la victoria imposible.

Esta discreción, y si es necesario el secreto (sí, reivindico el secreto responsable frente a la transparencia que impide el riesgo, el reconocimiento, el error), me parece una condición necesaria para cualquier aproximación sincera, honesta y de buena fe. Necesitamos diálogos privados para garantizar los públicos. Esta discreción no tiene, tampoco, premio ni mérito. A veces no hay reconocimiento. El pragmatismo exige, en muchas ocasiones, el anonimato y olvidar a las personas que contribuyeron en silencio y sin foco, a abrir el espacio a las voces y las luces. Nada importante resultará en un entorno de falsa transparencia que inhibe e impide, de facto, la verdadera transparencia que es abrirse al otro.

Oriol March, en su documentado y completo relato de estos meses desbordados, escribe en el libro *Los entresijos del 'procés'*: «En la negociación multilateral abierta entre la

Generalitat y la Moncloa participaron, según rememora Santi Vila, todos los actores imaginables: la Iglesia catalana y española, los principales partidos del país, dirigentes empresariales, el poder financiero, las entidades del soberanismo civil y algún representante diplomático de manera extraordinariamente discreta. Pero faltó el componente más importante: que Rajoy y Puigdemont hablaran. Según la versión más extendida entre una decena de dirigentes consultados, los presidentes nunca llegaron a dialogar directamente». Fin de la cita. Un diálogo no es una asamblea, ni un grupo de WhatsApp, añado yo.

### 3. La pericia

Jordi Amat, en su libro *La conjura de los irresponsables*, aborda el tema de la capacitación política para la negociación, la gestión y la acción política. Sus últimas líneas son lapidarias: «No importan las razones. Solo, antes que nada y por encima de todo, importa la victoria. Es el fracaso de la política. El fracaso es colosal». Desde otra perspectiva, Ignacio Sánchez-Cuenca, en *La confusión nacional. La democracia española ante la crisis*, afirma sin titubeos: «La crisis constitucional catalana ha supuesto un descalabro colectivo desde un punto de vista democrático. Han fallado muchas piezas del sistema: el Gobierno, el sistema judicial, la monarquía, los grandes medios de comunicación y una parte importante de la ciudadanía que se ha situado en posiciones intransigentes. Ante las demandas del independentismo catalán, la democracia española ha respondido con un 'legalismo' exacerbado que ha llevado al bloqueo y al enfrentamiento. El problema no está en las reglas, sino en la práctica democrática, que, sobre todo en la cuestión nacional, no está informada por valores de tolerancia y consenso».

Ambos ensayos y autores, y no solo ellos, hablan de la irresponsabilidad de la ignorancia y de la arrogancia. Esta última tan necia como la ignorancia adolescente de muchos de nuestros dirigentes. Digámoslo claro: atrapados entre políticos inmaduros e incultos, en todos los frentes y despachos, los ciudadanos han tenido que posicionarse para sostener, en forma de votos, manifestaciones o posicionamientos, la impericia política de los dirigentes políticos actuales. Dirigentes que han transferido su responsabilidad a las calles o los juzgados.

Francesc-Marc Álvaro afirmaba en la presentación **del libro** *La secesión en los dominios del lobo*, de Pau Luque, que la impericia de los dirigentes independentistas ha sido tan peligrosa como, también, en parte, la causa de su derrota. La exconsellera Clara Ponsatí **ha ido más lejos**: «Estábamos jugando al póquer y jugábamos de farol», afirmaba en una entrevista muy reciente. Ponsatí ha apostado, además, porque el independentismo se centre en «renovar nuestras fuerzas políticas», tras considerar que «el partidismo» ha sido «la gran debilidad» y que «nos ha llevado a la derrota». Hay miedo a la palabra (derrota), aunque el peor miedo es ignorarla. «Moncloa triunfa, esto se ha terminado,

los nuestros nos han sacrificado», decía Puigdemont en los mensajes privados a Antoni Comín.

#### 4. La gramática, el vocabulario

El apaño reclama lenguaje nuevo. Palabras poliédricas, elásticas, flexibles. Como cuando nos inventamos el término «nacionalidades». Todos firmaron un acuerdo sobre una palabra polisémica de percepciones variables. Esa fue la auténtica geometría variable: la del lenguaje. Cada parte creyó (o vendió) que había conseguido lo que, ciertamente, no había obtenido. Pero el apaño, el arreglo, sirvió para todos.

Tenemos que inventar nuevas palabras. Las que hemos usado están agotadas; son piedras, son trampas. El lenguaje del apaño es sabiamente imperfecto, útilmente impreciso, estéticamente suficiente. El apaño va a requerir de un *storytelling* y un *storydoing* mucho más sutil por ambiguo. En catalán, tenemos una expresión fantástica: «tu ja m'entens». No hace falta decir nada más. El terreno de la ambigüedad y del sobreentendido es fértil en creación de marcos de reconocimiento mutuo.

Cuando la Moncloa dijo ayer, finalmente, «hablar sin cortapisas» (en relación con la próxima reunión de los Presidentes), desde ERC y otros sectores soberanistas interpretaron «hablar de todo». Lo vendieron como una victoria. No me parece lo mismo, obviamente. Pero a ambas partes les ha servido para crear una atmósfera y, de paso, intentar desencallar el consenso sobre RTVE.

La política, el apaño, es imaginación, atmósfera e indefinición calculada. El resto es radicalismo formal, tan inoperante como improductivo.

#### 5. Domar el deseo

El deseo no es aconsejable en política. Desear mucho una cosa no convierte el deseo en realidad, al contrario: te vuelve caprichoso, vulnerable, insaciable. El deseo no genera derecho. El deseo fragiliza la política, la convierte en obsesión. Distorsiona. Embriaga. Te domina.

Sin negar el enorme potencial que tienen las emociones para la comunicación política –y también para la gestión del interés general–, parece aconsejable que nuestros dirigentes no confundan deseos con realidades, ilusiones con objetivos, desvaríos con sueños. Realidades, objetivos y sueños son convenientes. Deseos, ilusiones y desvaríos pueden ser un grave problema. Domesticar la pulsión es el principio necesario para un liderazgo eficaz.

El apaño necesita líderes suaves. Soft power. «La solución» es el terreno de los llamados liderazgos fuertes. Pero estamos escasos de estos últimos y, además, hay que

recelar de este modelo, creo. Mientras, centremos nuestros esfuerzos en arreglar, tanto como se pueda, esta fase. Hacerlo de manera efectiva y que permita seguir caminando por un sendero posible, abierto, flexible.

En el libro de Archie Brown, *El mito del líder fuerte. Liderazgo político en la Edad Moderna*, podemos leer: «Los buenos líderes no suelen ser aquellos que se perciben como líderes fuertes, sino, los que tienden a colaborar, a delegar y a negociar. Y a reconocer que una sola persona ni puede, ni debe, tener todas las respuestas».

## 6. Y finalmente, el principio de realidad

Daniel Innerarity, en un **artículo escrito recientemente**, y que lleva por título *El 'proceso' y la defensa de la complejidad política*, afirma: «No es toda la solución, pero sí parte de ella y un requisito para avanzar el respeto hacia la complejidad de los problemas. Uno de los mecanismos que más torpemente simplifica nuestros conflictos políticos es su inmediata traducción en términos morales». Y creo que acierta de lleno. La simplificación de la realidad, bien por la vía de la sublimación moral o por la vía de subestimar el contexto y las correlaciones reales de fuerzas, es una pista de aterrizaje para la postpolítica. Para la irrelevancia. La política que avanza y resuelve no escatima ni ignora los problemas, las advertencias, las dificultades y las condiciones. No se puede ir a Ítaca, ni a ninguna parte sin cartografía, brújula y una adecuada evaluación de las dificultades del camino y de la capacidad expedicionaria. Los líderes responsables, en palabras de Michael Ignatieff, «se obligan a prestar la misma atención a los defensores y los detractores de la línea de acción que están planeando».

Deberíamos ir pensando en nuestro arreglo sin «la» solución, pero que nos permita avanzar sin colisión irremediable. No tenemos airbag. Catalunya necesita la inteligencia y la sabiduría de los pacientes, de los resilientes. Líderes capaces de entender el tiempo de otra manera, cultivar la confianza de la discreción, mejorar su pericia profesional en la política, imaginar un nuevo diccionario, convertir el deseo en energía serena y racional, y –finalmente– no olvidar nunca el principio de la realidad.

A mi juicio, este elogio de un método que pueda contener estas seis pistas permitiría abordar todos los temas «sin cortapisas» y «sin exclusiones o limitaciones». Todo cabe en el apaño, si es acordado. La formulación jurídica deberá venir después, así como su validación plebiscitaria en forma de ratificación de un acuerdo. El que sea, el que se acuerde. Sin prejuicios ni apriorismos. Necesitamos tiempo, discreción, profesionalidad, nuevo lenguaje, serenidad y realismo para poder abordar un arreglo que nos predisponga a posibles soluciones en busca de «la» solución.



Lo que propongo no tiene nada que ver con la conllevancia, la resignación o la claudicación. Todo lo contrario. Un método nuevo. El anterior ya vemos dónde nos ha conducido.

Esta intervención tenía como título inicial: *Del oasis al tsunami*. Los oasis son un espejismo, casi siempre. E insostenibles. Pero los tsunamis son un desastre. En estos fenómenos, los animales muestran un sentido especial. Sienten la amenaza que no se ve y sus sensores vitales les empujan a la supervivencia: suben árboles, ascienden montañas, huyen de la costa. Mientras, los humanos asisten al fenómeno con la arrogancia del turista ignorante: se hacen *selfies* en la playa mientras la ola de 10 metros de altura viene a 200km por hora. El resultado es tan previsible como trágico y devastador.

Acabo.

Catalunya necesita un nuevo apaño. Urgente. Que sea una chapuza depende de todos. Que sea un arreglo imperfecto, pero útil, también. Entre el maximalismo de la perfección y el pragmatismo de lo prosaico... yo soy de los que, de buena fe, recordando a Juliana, prefiere el arreglo al estropicio.

Muchas gracias.

Antoni Gutiérrez-Rubí

@antonigr